

UN DEMONIO ANFIBIO

 ALLA donde el Porce corre, libre é ignorado, entre selvas desiertas, desde el gran cobertizo de paja, sin paredes, situado en la última eminencia de un contrafuerte de la cordillera, divisaba yo, en medio de la noche oscura y serena, en la estrecha playa del Cagüí, recientemente desmontada, numerosas luces, que parecían andar solas, encontrarse, separarse y volver, de tiempo en tiempo, á reunirse en un grupo más numeroso, que permanecía estacionario á la orilla del río.

Aquella tarde habíamos terminado *el caballo*, sólido dique que el minero del Porce, á fuerza de habilidad y de audacia, construye desde la orilla hasta el centro del río, con maderos, frondas de palmas y bejucos, apesantados por toneladas de piedras que se suspenden del aparato mismo, con el fin de amansar en aquella parte la impetuosidad de las aguas. Acosadas y comprimidas éstas en la otra mitad del cauce, forman hervideros y rompientes, que con terrible estrépito se atropellan, estallan, se derrumban, azotan los peñascos, desarraigan los árboles, y sin cesar renacen, para alejarse, entretejiéndose en espumosa y gigantesca trenza. Día y noche amenaza aquella vorágine arrastrar el dique, y con él á los hombres que así se atreven á profanar al rey de los torrentes de nuestras montañas, para disputarle sus tesoros.

Cuando se logra domeñar la corriente del Porce, es necesario no perder minuto en la extracción del cascajo aurífero que contiene su lecho; porque cualquiera avenida intempestiva arrasaría las costosas construcciones, que sólo podrán rehacerse en el verano siguiente, á costa de nuevos sacrificios. Por este motivo, la mitad de mi cuadrilla de *veraneadores*, en número de quince, hacía el *primer cuarto* de la noche, á la escasa luz de las velas que titilaban en la playa.

Negros retintos de las orillas del Nechí; mulatos de tipo egipcio; tal cual indio espigado, ágil y altanero, como son todos los nuestros, y, predominantes en número, los blancos de las cordilleras, de frente y nariz rectas, y tupido bigote; todos los tipos, en fin, que pueblan el Departamento, están allí representados. Con excepción de tres ó cuatro *caimanes*, viejos del río, tuerto el uno, manco el otro, todos señalados con cicatrices, y

con dedos de menos en las manos, marcas gloriosas de las luchas con el río, y de las *barberas* y machetes de sus compañeros, la cuadrilla se compone de mozos lozanos, independientes y retozones, como los animales criados en libertad y en la abundancia. Aun no ha empezado el paludismo á hacer sus estragos en nuestro campo.

Sin más vestido que la *paruma*, pequeño brial de lienzo blanco que les baja á medio muslo, y deja á descubierto la fuerte musculatura, se arrojan al agua, por turnos de cinco en cinco, desde una barbacoa construída sobre el río, en la zona donde éste ha sido amansado por el *caballo*. Con una batea en las manos y dos arrobas de piedras en una mochila atada á las espaldas, y que tiene por objeto impedir que la densidad del agua los vuelva á traer á la superficie, desaparecen entre las ondas turbias, donde sólo el tacto les sirve de guía. Cuál permanece sumergido dos minutos, y vuelve orondo á la superficie, por una de las escaleras apoyadas contra la barbacoa, portador de una batea llena de barro azul y chinas abigarradas, que, al escurrirse el agua, dejan ver algunos granos del ansiado metal; cuál, bisoño en el oficio, reaparece á los pocos segundos, mohino y asustado, con la batea vacía, en medio de la rechifla de sus compañeros.

Alguna vez un grito de horror se escapa del grupo de mineros: es que uno de ellos, por audacia ó por torpeza, se ha salido de la zona protegida por el *caballo*, y la corriente lo arrastra con furor de venganza. Si no tiene sangre fría para desembarazarse del lastre, y no náda como un pez, sólo se volverá á saber de él cuando llegue la noticia de que en algún *veraneo* situado más abajo, pescaron su cadáver y le dieron sepultura.

El que hubiera presenciado por primera vez aquellas escenas, en medio de la noche, sin saber de qué se trataba, las habría tenido por cosa diabólica y sobrenatural; y habría acabado por admirar el valor y la perseverancia de aquellos hombres, que en un clima deletéreo, rodeados de peligros que las tinieblas aumentan, y sometidos á la más ruda fatiga, cantan, ríen y se chancean, con jovialidad inalterable.

Mientras que los mineros de la playa tiritaban de frío, después de cinco horas de constante zabullir, en el oscuro cobertizo, sumido en profundo silencio, se sentía algo como una atmósfera de febril ambición, de grato desasosiego. Las noticias que llegaban de la orilla del río eran halagüeñas: el agua apenas tenía cinco varas de profundidad, y habían lavado yá bateas de cuatro castellanos de oro. Semejantes nuevas interesaban demasiado á los quince hombres que reposaban tendidos sobre las duras barbacoas de macanas, esperando con impaciencia las doce de la noche para principiar el *segundo cuarto*; y no es raro

que tal sucediera, porque ningún *buzo de nariz*, que así se llaman los que bucean en el Porce sin aparato alguno, trabaja nunca á jornal: el empresario tiene que partir con ellos el oro que se extrae.

Los cigarros que brillaban por todas partes como grandes cocuyos, y las palmadas que se daban los mineros en sus cuerpos desnudos, para aplastar los mosquitos que les picaban, mostraban á las claras que todos ellos velaban en silencio, y soñaban despiertos: éste, con algunas semanas de bacanal en Zea ó en Anorí, al terminarse el *veraneo*; aquél, con pagar las deudas contraídas en el mal verano del año anterior; el de más allá, con agregar un pedazo de tierra á su pequeña heredad.

Yo tampoco dormía, tanto porque me agitaba el mismo espíritu de inquieta ambición, que parecía respirarse en el aire, como porque aun no me había hecho del todo á la costumbre de dormir casi á la pampa, entre los brazos de aquella naturaleza brutal y abrumadora. Las altísimas montañas que allí encierran el río, parecían muros verticales de una negrura incomparable, y tan próximos, que yo imaginaba poder alcanzarlos con las manos, y que apenas dejaban ver, entre sus cimas dentelladas por las copas de árboles colosales, un reducido espacio del firmamento gris, estrellado. Millares de insectos, centenares de reptiles y algunas aves nocturnas formaban un concierto de voces estridentes y monótonas, desemejantes á las de todos los animales diurnos, y que en vez de llevar á mi espíritu la noción de las innumerables vidas que lo producían, le imprimía un sentimiento de melancólica soledad. Más lejos el río, con su incesante rugir, parecía lanzar una amenaza perpetua; en tanto que el calor sofocante que se alzaba del fondo del valle se me antojaba ser el aliento envenenado de la lujuriente vegetación.

Uno de los mineros, que conocía mi afición á las consejas populares y al lenguaje pintoresco é hiperbólico en que suelen ser narradas, y que sin duda deseaba disipar la fatiga mental que produce el largo insomnio, pidió un cuento á la cocinera, cuyo mal tabaco chisporroteaba entre la jaula de macanas, construída por pudor y por un exceso de prudencia. Ella también velaba, viendo brillar en las tinieblas las *pintas* de las *cateadas* que cada minero tenía obligación de lavarle semanalmente.

Yo apoyé de grado la solicitud, pues bien deseaba cambiar los pensamientos graves y excitantes que me traían congestionado el cerebro, por algo vulgar y lenitivo.

—Qué sé yo de esos embelecos,—respondió la vieja—si ya yo no estoy buena sinó pa encomendarme á Dios.

—Cuéntenos aunque sea un cachito cortico.

—Menos! Esos cachos que son tan verdes! El Señor me favorezca!.....Para que no piensen que son miñocos míos,

les contaré un caso que estaba recordando en el momento, al ver que de media noche pa adelante es día domingo; y que ya vustedes están loquitos por irsen á trabajar.

—Cuenta lo que quiera, ña Chepa.

—Bueno; pero tengan entendido que esto no es cuento, sino la purísima verdá..... Vustedes recordarán cuando se rompió, hace cinco años, el oral grande, aquí abajito en la Culebrera; por más señas que cayó una gallinazada de gente de todas partes, que esa ladera parecía el Juicio Final: hasta los bajeros (1) pusieron su zambuiga cerquita de la de nosotros. Vusté, que estuvo allá, se acordará, ño Basilio.

—Jesú, niña, pué cómo no me he de acordar—contestó una voz de viejo, con acento zaragozano.

—Pues como les iba contando,—continuó la vieja—el oro estaba choto, principalmente en nuestro zambullidero: la menos pinta que cateábamos era como lengua de perro cansao; y desde que se sacaba la batea de entre la agua, amarillaba el oro qui ni manzanilla. En esos juegos de dao rumbaban los trapos de oro sobre las ruanas.... Yo estaba allá con el dijunto Antolino, mi marido, que quizás el patrón lo conoció.....

—No, ña Chepa, no lo conocí.

—El era descolorido, ojigateao, porrongo él, y bastante peliador; pero eso sí, ai sí era onde estaba botada la sagacidad pa buscar el oro; parecía hasta ayudao: cuando no lo había en un cabezón, como que lo hacía de arenitas. Ahora, pa zambullir, no digan nada; era que no tenía hígados.....

—¿Pero qué hubo del caso que nos iba á contar?—dije yo, interrumpiendo la apología de Antonino, que llevaba trazas de prolongarse.

—Pues ya verán vustedes, que apenas hacía dos semanas que estábamos sacando oro, cuando llegó el día de mi Señora de la Candelaria. Muy de mañanita tenía ya en una batea todas las arepas pal día, pues me levanté á media noche; y desde antes de amanecer oí la bulla de los bajeros, que ya estaban zambullendo.... Nos bogámos el chocolatico, porque cuando uno está sacando oro no le hacen ni ganas de comer; y nos fuímos todos en partida pal río, pues la noche antes no se había podido cuartejar, asuntao á que el confiscao echó una buchada. Yo tenía mucha gana de que siguiera la saca ese día, pa que sinó la verdá; pero siempre le dije en el camino al dijunto Antolino: “No zambuigás vos; mirá que hoy es un día muy grande, y te puede suceder algún acontecimiento”. Fue como si le hubiera dicho: “Zambullí!”:

(1) En el Norte de Antioquia llaman *Bajeros* á los habitantes de las laderas del Cauca y del Nechí, de Cáceres y Zaragoza, respectivamente, para abajo. Aunque administrativamente muchos de ellos son considerados como antioqueños, sus costumbres, su lenguaje y su carácter los identifican con los habitantes del Magdalena y de la Costa Atlántica.

el primero que se aventó al río fue él. A poquítico se vio remolinar la agua; y cuando hizo vela pa arriba, gritaron todos: "Cójalo que se ahoga!" Con miles bregas lo sacaron; pero estaba desconocible: había perdido la pronuncia, y tenía el pelo parao, y los ojos como volaos. Por fin le volvimos el sentido, con unas fletaciones de aguardiente, y nos contó lo que le había sucedido. Izque á no más cayó al plan, y se tendió boca abajo, apretando bien la batea con el pecho contra la barranca de cinta, pa poder tumbar con las dos manos... pero vustedes saben mejor cómo es que arrancan la mina entre la agua....

—Sí, ña Chepa, siga con la historia.

—Pues, señor, apenas extendió las manos pa empezar á tumbar cinta, cuando tocó una cosa que parecía un palo podrido. Le echó mano pa apartalo; pero él que jala y el palo que jala más; hasta que se le soltó. Cuando en ésas siente que lo encuellan, y alcanza á columbrar un bulto negro, mismamente el enemigo malo; y aí fue onde perdió el sentido. Que el Patas tenía las uñas largas lo pudiera jurar yo, á según los aruñetazos que le vi al dijunto Antolino, con estos ojos que se ha de comer la tierra; y si no, aí está ño Basilio, que no me dejará mentir.

El negro dio un gruñido afirmativo; y yo, para cortar las eternas digresiones de la vieja, me apresuré á decirle:

—Bueno, ña Chepa, y los otros que zabulleron encontraron también al Diablo?

—Pues ya verá.... Con el acontecimiento, esa playa se volvió una faruca: unos decían que seguían zambullendo; otros, que no los dejaban. En ésas estábamos, cuando empezó á ensuciarse el río y á bajar espumitas; y lo particular es que no se habían visto ni señas de invierno: antes habían estado haciendo en esa playa unos bochornos, que se ponía el cristiano oliendo á yesca. A poco, yá bajaron hojas y chamizas; y la agua pa arriba. Al ratico, empezó á bajar madera gruesa, y se emborrachó ese río, que daba hasta flato verlo. Todos pensámos que esa creciente era la *jedionda* (1); pero no señor, resultó ser la *barrrendera*; y fue pa yá que bajó, hilado por todo el cordón un palo de abarcadura que patarribió el *caballo*; no se oyó sinó el traquido; y el río se lo llevó enterito, como si fuera una pluma. Adiós! oro de la Culebrera, y de todos esos veraneos; porque en todos estaban trabajando en día de fiesta! Con la Virgen de la Candelaria no hay Amelias: no nos valió mandarle una misa cantada y tres castellanos de oro al Cristo de Zaragoza!.... Pero lo que yo no puedo convenir es que hubiera habido cristianos que, después de un castigo tan patente de mi

(1) La primera avenida fuerte del Porce, al acercarse el fin de la estación seca, es excepcionalmente fétida, pero generalmente no interrumpe los veraneos.

Dios, y de perderse una suerte tan bonita, se pusieron á echar balsos, con linternas de calaveras pintadas, y con boletas pa los que estaban más abajo, diciéndoles que desocuparan pronto, que el río reclamaba sus laderas. Siempre será el aguardiente que les ayuda. . . .

—¿Y en qué paró ño Antolino?—preguntó, con voz no muy firme, un muchacho de Belmira, primerizo en los veraneos del Porce.

—Cállese la boca! Si eso fue lo peor de todo! Yo siempre creo que lo que lo agarró no fue el Diablo, sinó algún dijunto; porque en lugar de ganarle fiebre y calor alto, lo que le cayó fue un hieló y un pasmo, que desde esa misma noche se puso de no apagarle vela. Yo le acudí con coladitas, con calditos de cogote, con sustancias de gallina vieja; yo le hice toda clase de medicinas calientes: que yá sahumerios de bagazo; que yá bebidas de bretónica y de ruda de castilla; pero ¿pa qué? Cuando lo saqué á Zea estaba que se sentaba si lo sentaban; y pa echarle de comer había que abrirle la boca con el cabo del molénillo. Todo el oro que habíamos sacado lo gasté en la enfermería; y con el último castellano pagué el entierro. Lo que fue yo, quedé de jíquera.

Cuando la vieja terminó su relato, dio su estridente llamada el *despertador*, que había sido puesto en las doce. Yo me incorporé en mi cama de palos, que sólo se diferenciaba de las otras en su posición aislada, pues en aquellas luchas del trabajo, que pasan ignoradas en el fondo de nuestros hondos valles, reina la más completa democracia. Llamé á los mineros para el *segundo cuarto*, que yo debía asistir personalmente; pero, contra todas mis previsiones, ninguno se movió. Era claro que la historia de Antonino había producido el efecto deseado por la narradora, y que aquel día no tendríamos trabajo. ¿Quién hará trabajar á un antioqueño contra su voluntad?

Poco después vi salir del rancho el bulto negro de un hombre alto, delgado, con largos brazos, que pendían lánguidamente. Salí tras él, para averiguar quién era, y para ir á informarme del resultado del *primer cuarto*. Era Basilio, el zaragozano, llamado, por antonomasia, *el Bajero* en nuestro campamento.

—Hombre, Basilio,—le dije—¿ti no te da miedo de que te lleve el Diablo, zabullendo en día de fiesta?

—Jesú, pue qué me va á dá, cascajo! Si yo fuí er Diablo que engañotó á ño Antolino, cascajo!

—Cómo así, Basilio?

—Pue, señó, que mi escalbadero etaba colgao de arena, cascajo! y yo metí travesía pol debajo de agua, cascajo! pa cójé una cateá en er de los *arribeños*, cascajo; cuando llega er

mardito lanúo (1) y me aguanta de una canilla, cascajo! y si no lo encuello, me joga, cascajo!

No pude contener la risa, al ver la cándida imprudencia con que el *Bajero* se declaraba autor de la muerte de Antonino; y como me detuviera, para encender mi linterna, el bellaco del negro echó á andar adelante, cantando, á voz en cuello, el viejo cantar popular:

Dicen que yo soy el Diablo,
Yo no soy el Diablo, nó!
Yo me confieso en Remedios
Y oigo misa en Yolombó.

Junio de 1898.

TULIO OSPINA.
